

La revisión de la tradición de la Biblia del arameo, hebreo y griego al idioma maya k'iche'

Isabel Sucuquí Mejía

Introducción

Le digo a monseñor Julio Cabrera (Septiembre 2007) con satisfacción, alegría y gozo: “Ahora sí, le puedo decir que estamos en la fase final. Ya le veo fin al trabajo. De los libros Sapienciales que es lo último que queda, están revisados dos de los más largos, Job y Proverbios, queda uno de los más largos que es el Eclesiástico. Los demás son de pocas páginas, 12, 15, y si al caso uno de 38.

Me respondió “...Sería bueno que pudiera compartir su experiencia, sus ideas, sus sentimientos, lo que ha significado para usted este tiempo de la revisión de la traducción y la traducción misma. Si quiere.”

Y así, me he dado la tarea de compartir estas experiencias, vivencias, ideas, sentimientos y lo que ha significado y lo que significa para mí el trabajo de la revisión de la traducción de la Biblia del Hebreo, Arameo y Griego al idioma Maya K'iche'.

Lo que aquí comparto, consta de dos partes. La primera, son las experiencias personales que han girado alrededor de este trabajo. Recuerdos, anécdotas, encuentros, terapias, etc. La segunda parte, lo qué significa la traducción de la sagrada escritura en nuestros tiempos: el idioma como sabiduría de un pueblo; el fortalecimiento de la sabiduría, de la identidad del

* Colaboradora con este número de Diakonia. 125, (Marzo 2008). Quetzaltenango, Enero 2008).

Pueblo y de la Iglesia Local; la Palabra bebida desde el idioma materno, el mejor tesoro y agradecimiento dado a la Iglesia de catacumbas y martirial; petición de perdón y reparación de una injusticia histórica con los pueblos indígenas, que exige opciones y compromisos; la contribución en el reconocimiento, la defensa y promoción de los derechos colectivos del Pueblo Maya; y por último, significa que toda cultura tiene el derecho de escuchar en su propio idioma la Sagrada Escritura.

Primera Parte

Experiencias vividas alrededor de la revisión de la traducción

1.1. Una experiencia de dos décadas y ya en la fase final con los Libros Sapienciales

Veinte años han pasado desde que comencé este trabajo (1988) con el Padre Bernardo Gosse cuando monseñor Julio Cabrera era obispo de la Diócesis del Quiché. Es una generación, el ser humano llegó a su madurez: *xtz'aqat ujunab'*, *xtz'aqat ri junab'*. La persona humana está completa, íntegra, total, cabal. Esto es lo que significa el 20 para mi cultura, para mi gente (*ri enuwinaq*) y por supuesto para mí como parte de esta cultura. Podemos decir que con estos 20 años, llegó la plenitud de los tiempos para esta traducción. Está completa la traducción. Los ciclos de los tiempos maduraron. Maduré un *Katun*¹.

Compartiré, quizás no todo lo que para mí han significado estos 20 años con relación al trabajo de revisión de la traducción de la Biblia, pero algo podré compartir, sobre todo situaciones que giraron alrededor de la traducción.

1.2. Escribiendo a mano los Evangelios y los catequistas analfabetos en su idioma

Comencé en 1988 a escribir a mano la revisión de los Evangelios ya traducidos al idioma Maya K'iche' por el padre Bernardo Gosse desde 1986. Primero Lucas, Marcos, Mateo y por último Juan. Era una tarea que hacía cada mañana como

¹ Ciclo galáctico de 20 años solares.

oración antes de irme al trabajo en el Secretariado de Catequesis de Quetzaltenango. Y un mes completo cada año en el tiempo de vacaciones que teníamos en el Secretariado de Catequesis de Quetzaltenango (Diciembre). Me experimentaba que conocía un poco más de Jesús pero desde su cultura judía y que tenía mucha relación con la mía: vivir a Dios y hacer la experiencia de él desde la vida de cada día.

Al realizar el trabajo en casa, quienes me echaban una mano cuando se bloqueaban mis códigos lingüísticos, fueron mi mamá y mi papá. Y en el obispado del Quiché y de Jalapa, fueron Nacha y María.

El tercer momento, la validación del trabajo, ha sido realizado con catequistas de diferentes parroquias: Zacualpa, Santa Cruz del Quiché, San Andrés Saqkab'aja, San Antonio Ilotenango, Chichicastenango, Santa María Chiquimula, Totonicapán y Nahulá. Es decir catequistas de tres Diócesis: Quiché, Quetzaltenango y Sololá. Recuerdo que los primeros catequistas con quienes revisamos el Evangelio de Lucas, pasando días enteros hasta las 10 de la noche, fueron: Agustín Pú Tuluxán, Juana de León, Eduardo León Chic, Antonio Sac Tambriz, Miguel Ventura, Arnulfo de Zacualpa, Eusebio de Totonicapán, el P. Victoriano Castillo (sj). Posteriormente Vicente de San Andrés Saqkab'aja, Ana Sucuquí, Francisco Sion, José Cho, María Alwa, Estela de Chichicastenango, Catarina Ixcoteyac y Joel Us.

En esta validación la primera limitante y la más grande, fue que los catequistas medio sabían el castellano, dominaban su idioma materno, pero eran analfabetos en él. Además, no eran conscientes de la gramática de su idioma y por consiguiente no la dominaban teóricamente. La validación de esta traducción fue lo que les motivó a aprender a leer y a escribir su idioma materno. Fruto del aprendizaje ha sido que varios de estos catequistas fueron multiplicadores de la lectura y escritura de su idioma en sus parroquias. Más de alguno sigue la carrera de Lingüística (Miguel Ventura).

Asimismo cada catequista, fue ampliando su léxico, pues la universalización del K'iche', les ha dado la posibilidad de abrirse y enriquecerse con las otras formas de hablarlo en las

diferentes regiones y no a quedarse sólo con el K'iche' de su propio lugar (el K'iche' local).

Al realizar últimamente la validación en la Parroquia de Zacualpa (3-7 de septiembre 2007) sentí una gran alegría al ver a una de las mujeres, hoy profesional, dedicada al trabajo de traducción en su parroquia: Catarina Ixcoteyac. Yo la había conocido como catequista de niños a sus 16 años, quien para ganarse la vida cuidaba de los chocoyos², el sembrado de milpa de los vecinos (*in chajil ab'ix, e k'u akamik in chajil alitomab'*, como ella decía) y hoy es encargada del internado de señoritas en su parroquia. Lee, escribe y traduce fluidamente en su idioma, además de hacerlo en castellano.

Y en enero de 2007, estando en un taller de Crecimiento Personal para Mayas, el tema nos lo fue a dar Eduardo León Chic a quien yo había conocido en 1989. En aquel entonces, él tendría 17 o 18 años y no había sacado la primaria, y hoy está cerrando la licenciatura en Pedagogía. Nos contó cómo se había motivado a aprender a leer y escribir en K'iche' en la validación de la traducción de la Biblia, y que hoy es escritor en su idioma. Y dijo: "Para que Isabel se sienta orgullosa de su trabajo, quiero comentarles que en mi Parroquia, actualmente hay 100 personas que saben leer y escribir en K'iche' como fruto de aquel trabajo. Y yo con ella lo aprendí". Y en verdad, me sentí satisfecha de saber que este trabajo de casi 20 años, ya ha dado su fruto con personas y en espacios muy concretos para los maya hablantes k'iche's.

El 15 de abril de 2005, supe que un sacerdote Americano que trabaja con migrantes k'iche' en Estados Unidos, llevó de la Librería Loyola, material de lo existente de la Biblia ya traducido y editado al k'iche'. La persona que me lo comunicó me lo decía con alegría. Reflexioné y me dije a mí misma: "La traducción está traspasando fronteras. Supongo que será una forma de no perder el idioma y como reconfiguración de la identidad en tierra extranjera. Ya no solo hay gente k'iche' es las diócesis del país de Guatemala, sino también existen k'iche's en otras diócesis

² Pájaro de color verde, que vive en manadas y que se come el elote en los sembrados de milpa. K'el en idioma Maya K'iche'.

en el extranjero por ser migrantes económicos; y en México por ser exiliados políticos por el conflicto armado interno”.

Estos ejemplos concretos, me hacen concluir que “la promoción humana tiene como base primordial la cultura del ser humano a la que se dirige. Porque en ella está impregnada toda la potencialidad de vida de cada ser humano perteneciente a ella”.

1.3 Conocer a monseñor Julio Cabrera y al Padre Bernardo Gosse por la traducción de la Biblia, fue un paso de Dios en mi vida

Recuerdo que en 1988, cuando yo trabajaba en el Secretariado de Catequesis de la hoy Arquidiócesis de Quetzaltenango, recibí una llamada telefónica del obispo del Quiché Monseñor Julio Cabrera. Yo a él, no lo conocía. Sabía que en 1987 había tomado posesión como obispo de esta Diócesis, después de habernos quedado desde 1980 sin obispo y agentes de pastoral. Digo esto, porque yo nací en las tierras del Quiché, allá quedó mi ombligo. Pero, al igual que muchas familias, mis padres y mis hermanos tuvimos que salir de nuestras tierras, dejar nuestra casa, trabajo, un referente colectivo cultural-social y toda una historia de vida hecha durante años. Nuestra salida se debió al conflicto armado interno en Guatemala desde 1960 hasta 1996, agudizado en los años 80s. Mi papá era catequista, había sido el traductor de las homilias del entonces párroco de Zacualpa, era el presidente de la Acción Católica en ese tiempo y maestro en la hacienda de San Antonio Sinaché. Y en aquel contexto de guerra, todo catequista, católico, líder, y quien tuviera alguna imagen de un santo en su casa o una Biblia era acusado de subversivo y enemigo del Estado.

Cuando el obispo, los sacerdotes y las religiosas ya se habían retirado de la Diócesis -como una denuncia profética-, los catequistas, laicos, sobre todo hombres, continuaron con su trabajo y compromiso. Mi papá junto con los demás catequistas, seguían en Zacualpa con la celebración de la Palabra, con los bautizos bajo condición y los matrimonios. Las hostias consagradas, las iban a traer, ya sea a la catedral de Santa Cruz del Quiché con el P. Axel Mencos -único sacerdote que había quedado en la Diócesis- o a la parroquia de Nahualá, o a alguna parroquia de Quetzaltenango. Mi papá traía las hostias en un

recipiente de plástico. Los catequistas arriesgaban su vida al ser encontrados con las hostias en los registros que hacía el ejército a lo largo de la carretera.

Los maestros, colegas de mi papá le decían que ya no fuera a la Iglesia, que ya no siguiera con las celebraciones y con todo lo relacionado a la Iglesia porque por eso lo iban a matar. Sin embargo él siguió hasta donde pudo.

Cuando comenzó la represión selectiva dirigida a los líderes de todas las organizaciones de promoción humana y de organizaciones populares, los catequistas estuvieron en la mira y comenzó el asesinato de los primeros en Zacualpa. Fue cuando algunos de ellos vieron que era directa la persecución hacia la gente de Iglesia y entonces enterraron las biblias y material que se utilizaba en su formación en la casa parroquial.

A finales de 1981, una mañana cuando mi papá terminó las clases en la escuela donde trabajaba, sabiendo que peligraba ya su vida como la de todos los catequistas, se despidió definitivamente de los niños. Quemó todos los papeles que le habían servido como maestro durante 18 años. Días después salió de Zacualpa junto con mi hermano de 11 años, rumbo a la costa sur para protegerse con mi hermano el mayor quien en aquel entonces tenía allí una tienda de consumo diario. Con la salida de ellos, comenzó el desplazamiento de cada uno de los miembros de la familia.

Ya para 1982 estaba toda la familia desplazada en distintos lugares. A mi me había tocado acompañar a mi madre y a mis tres hermanos pequeños (12, 10 y 8 años) y nos habíamos refugiado en Quetzaltenango.

De 1982 a 1983 estando con mucho miedo y sin poder salir para trabajar, me dediqué a sistematizar la gramática de mi idioma materno, consolidé la escritura. Les enseñé a leer y a escribirlo a los tres hermanos pequeños. Posteriormente pude enseñarlo a los agentes de pastoral en la Diócesis de Quetzaltenango. Y al estar trabajando ya en el Secretariado de Catequesis de esta Diócesis, uno de mis trabajos fue la coordinación de la traducción al K'iché del Catecismo "Venga Tu Reino"

coordinado con la Facultad de Lingüística de la Universidad Rafael Landívar.

Escribo esto para comprender el contexto de desplazamiento y lo que repercutió en la vida familiar y personal. Y comprender la experiencia del encuentro con monseñor Julio Cabrera y el P. Bernardo Gosse.

El motivo de aquella llamada telefónica de Monseñor Julio Cabrera al Secretariado de Catequesis en 1988, era para tener un encuentro con él y el padre Bernardo Gosse y platicar sobre la posibilidad de ayudar en la revisión de la traducción. El problema para mí era ¿dónde encontrarnos? Ir al Quiché, no era en ese momento propicio para mí, pues el miedo, el terror y el silenciamiento me tenían paralizada³ a causa de lo vivido. Esto lo comprendió perfectamente monseñor Julio, por lo que fue él y el padre Bernardo Gosse quienes llegaron a Quetzaltenango.

Esta fue mi primera vivencia con monseñor Julio, que marcó profundamente mi vida, una persona y un pastor respetuoso de los procesos personales para salir del miedo, el terror y el silenciamiento que la violencia había dejado en la memoria de nuestros cuerpos. En ese contexto y momento, sus pasos de pastor de un pueblo empobrecido y sufriente, para mí significaron consuelo, confianza, comprensión, respiro y seguridad, pues era alguien que escuchaba desde un corazón solidario y compasivo y con quien se podía llorar el dolor y sufrimiento vividos por la guerra sin que peligrara la vida, ni fuéramos acusados de guerrilleros, ya que nosotros los desplazados internos del Quiché, en otras ciudades y pueblos del país, por el hecho de ser de este departamento y católicos éramos estigmatizados como “guerrilleros”.

En el hecho de que monseñor Julio y el P. Bernardo fueran quienes se desplazaron hacia una desplazada interna llena de miedo, para poder platicar sobre la revisión de la traducción, experimenté el desplazamiento de Dios hacia mi realidad y

³ Otero, Santiago. Exposición en la presentación del Libro *Consuela a mi Pueblo I*, 1997, Ciudad de Guatemala.

nuestra realidad. “Dios pasó por mi vida en un momento muy difícil para mí y mi familia.” Experimenté la solidaridad de Dios en el sufrimiento, temor y terror.

1.4 Rompiendo el silencio y el miedo: Destellos de resurrección

En 1990, pasé la Semana Santa en Chwikaka una aldea de Santa María Chiquimula (Totonicapán). Y el Sábado Santo, el sacerdote que había estado toda la semana en dicha aldea, nos llevó a visitar a monseñor Julio al Quiché. No me atreví a hablar y decirle que yo tenía miedo de ir al Quiché. Me dejé llevar silenciosamente. Pero sentía miedo.

Fue por esta visita, que volví entonces por primera vez a las tierras del Quiché. Para monseñor Julio fue una gran alegría verme llegar, para mi una profunda tristeza que no podía expresar. No podía hablar, no me salían las palabras, ni las lagrimas. Santa Cruz, me parecía desolada, silenciosa, triste y destruida. Era yo la que me sentía desolada, silenciada, triste y destruida por la separación de mi tierra, de la que no me pude despedir, de la que no pude salir y hacer una ruptura en condiciones normales. Y esta visita fue el inicio de otras llegadas al Quiché, porque inició la sanación de tiempos y espacios heridos por la guerra y que marcó profundamente mi vida. Me sentí en el mismo espacio pero en otro tiempo. Comprendí entonces que tenía tristeza y nostalgia por mi tierra de la que no me pude despedir. De aquella visita, tengo una foto que Nacha nos tomó, que es muy significativa para mí: una tierra que me vio partir sin saber cuando volver, y a la que volví un día antes de Resurrección. Comenzaban en mí los destellos de luz, de resurrección después de la muerte, del silenciamiento y del miedo. Comenzaba a sentir y a experimentar que estaba viva.

En 1995 monseñor Julio Cabrera, mismo me comunicó que por parte de la Conferencia Episcopal de Guatemala, yo había sido nombrada para representar a Guatemala en la celebración del Centenario de la Virgen de Loreto (Italia) con el Tema: La Mujer Educadora de la Paz. Y me dijo: “Allí, usted puede decir y expresar lo que quiera, lo que no ha podido decir de la guerra”.

Y al querer comenzar a escribir, relatando la experiencia que viví en la guerra, no pude. Las palabras se me quedaban

en la garganta, sentía mucho dolor y me tragaba las lágrimas. Escribía un párrafo y lloraba cinco o diez minutos. Recuerdo que tardé un mes para poder sacar este documento, porque había una resistencia a recordar lo vivido, me causaba mucho dolor. Pero, rompiendo el silencio, atreviéndome a escribir, a expresar; sintiendo el dolor y el miedo que guardaba en todo mi cuerpo di comienzo a un proceso terapéutico en mi vida por medio de la palabra, la expresión, el encuentro con el dolor y el permitirme llorar el llanto no llorado en la guerra, porque en aquellos momentos no hubo tiempo para ello.

Con este retorno al Quiché en 1990 y sentirme en otros tiempos, luego con la firma de la Paz en 1996, me atreví a ir al obispado del Quiché cada año todo el mes de Diciembre para realizar juntos el trabajo de la traducción con el P. Bernardo. “Las chispas de resurrección impulsan al cambio y al movimiento.” Agradezco hoy profundamente a aquel sacerdote: Chepe Toño (sj) quien sin saberlo, me devolvió la vida con las chispas de resurrección vislumbradas aquel día.

1.5 Biblias enterradas por la persecución, surgen hoy transformadas

En el 2007, llegué a Zacualpa – Quiché acompañada de tres catequistas de San Antonio Ilotenango. Estuvimos allí junto con otros catequistas de otras parroquias del 3 al 7 de septiembre, para la validación de la traducción de algunos libros del Antiguo Testamento.

La memoria histórica y colectiva me hizo retroceder años atrás.

“Mi familia se había trasladado a Zacualpa entre el 69 y 70 por el trabajo de mi papá como maestro en la Hacienda de San Antonio Sinaché.

En 1981, la guerra ya había llegado directamente al sur del Quiché, concretamente a Zacualpa. Yo llegué a la casa en julio de aquel año - lo hacía cada mes, pues trabajaba en Zunil Quetzaltenango - ; y vi a soldados pintos bajo la Ceiba - que está en la plaza - apuntando con sus armas. ¡Quién imaginaría que aquella llegada era la última vez! Pues a partir de entonces no regresé a Zacualpa sino hasta la Navidad del 2004. Y fui, precisamente para sanar el recuerdo de la no salida y despedida simbólica de todo aquello: casa, lugar, entorno, historia y toda una vida hecha. Fui para despedirme y sanarme emocionalmente en tiempos y espacios.”

“Recordé que el ejército ubicó su destacamento militar en la casa parroquial de Zacualpa, comenzaron los cateos en todas las casas del pueblo. En uno de esos cateos, antes de que llegaran a la casa, mientras cateaban en las casas de las familias vecinas, mi mamá mandó a uno de mis hermanos a enterrar la Biblia de mi papá en el terreno -porque como dije anteriormente, ser católico, catequista y tener la imagen de algún santo, era motivo de acusación de subversión y podía costar la vida-. Y desde entonces, aquella Biblia, sigue enterrada en aquel terreno, mientras que el material de formación y las Biblias enterradas en la casa parroquial, fueron desenterradas por los catequistas, pero estaban ya deterioradas”.

“Así mismo, a finales de 1981. Enterré mi Biblia personal y todos los libros de formación, de teología, folletos de alfabetización, de evangelización, con uno de mis alumnos de la Escuela de Adultos de Zunil, atrás de su casa, envueltos en un plástico, con la esperanza de que algún día cercano pudiera desenterrarlo. Y no fue sino hasta en Abril del 2005 que volví a Zunil con la familia y entre la plástica me contaron que habían desenterrado aquel material, pero que también ya estaba deteriorado”.

De manera que realizar en septiembre de 2007 las últimas validaciones de la traducción de algunos libros del Antiguo Testamento en la Casa de las Religiosas Franciscanas de San Antonio, ubicada en la Casa Parroquial de Zacualpa, para mí han sido muy, pero muy significativo y de mucha fortaleza, fortaleza humana y de fe en el espacio de la parroquia propiciado por las dos capillas de los mártires. De éstas capillas, una, es el lugar donde el ejército torturaba a la gente que secuestraba de las aldeas de Zacualpa y de los municipios cercanos. Y la otra, es el pozo donde tiraban a los muertos y a los moribundos de las torturas. Las dos veces que he llegado para la validación del trabajo de traducción con los catequistas cada día he realizado allí la oración y les he encendido candelas pidiéndoles su intercesión para culminar el trabajo de la traducción. Ya que en la revisión de la traducción del Apocalipsis me sentí fortalecida desde mi dolor; comprendí y profundicé un poco más que al lavar ellos sus vestiduras en la sangre del Cordero han fortalecido mi camino al lado de Jesús durante estos veinte años de trabajo. Ellos, los mártires, son los que me han sostenido y empujado en este trabajo de la revisión de la traducción. Porque sé

lo que significó tener una Biblia y ser católico en tiempos de persecución.

En la historia familiar, la Biblia de mi papá se enterró en el terreno de la casa de Zacualpa, y en la historia de la Comunidad Eclesial, las que servían para la formación de los catequistas, se enterraron en el terreno de la casa parroquial en una caja de cemento, construida expresamente para esto, y la Biblia personal, atrás de la casa de la familia de Zunil donde vivía.

En la historia de la comunidad eclesial, en el peregrinar de la Iglesia, representada en los catequistas jóvenes de hoy, con quienes se hace la validación de la traducción, se desentierra aquella Biblia y las tantas Biblias enterradas en el Quiché y en otras comunidades del país. Con la traducción al K'iche', surge una Biblia transformada, con destellos de luz, expresada en el idioma de aquellos asesinados que yacen en estas dos capillas de Zacualpa. Una Biblia enterrada junto con los mártires, surge ya traducida al K'iche', como destello de resurrección para nosotros hoy. La Biblia enterrada con miedo y angustia en el terreno de Zacualpa y Casa Parroquial, culmina en resurrección con las últimas validaciones en dicho lugar. Tiempos y espacios, vida e historia resucitada. Se cierra un ciclo de muerte y se abre otro de vida transformada en el Amado.

1.6 En Zacualpa – Quiché, entré en una de las que podemos llamar catacumbas

En la validación de la traducción, por las tardes, el P. Bernardo celebra la Eucaristía. Estando en Zacualpa en Abril de 2007, una de las catequistas le dijo a padre: “Padre, hoy no vamos a tener misa, porque nos vamos a Joyabaj a visitar al Padre Axel” –quien había muerto el Viernes Santo de dicho año y había sido enterrado en Joyabaj–. Fuimos. Y al finalizar el trabajo en aquella ocasión, se acordó que en la siguiente validación en el mes de septiembre iríamos a la “Cueva de los Mártires” en la aldea La Joya, de la cual nos habían hablado las hermanas franciscanas. Y así fue; en septiembre, pudimos ir a dicha cueva. Nos llevó el párroco.

Al escuchar que era otra cueva de mártires, me llevé unas cuantas candelas para encenderlas allá. Al llegar a la aldea, el

párroco nos condujo hasta la cueva. Estaba debajo de una montaña.

Según la historia, fue escavada en 1982 por varias familias de la aldea al no aguantar ya más las persecuciones que hacía el ejército y tener que huir permanentemente de sus casas; para que cuando viniera el ejército todos pudieran refugiarse allí. Estando escondidos en dicha cueva, escuchaban los pasos del batallón que pasaba encima de la montaña y ellos debajo en la catacumba. Pero un día fueron descubiertos, porque uno de ellos mismos los delató ante el ejército. El ejército los degolló y allí quedaron muertas unas cuarenta personas hasta que fueron exhumadas en los años 90s. De esta masacre hubo dos sobrevivientes.

Cuando se formaron las patrullas de autodefensa civil (PAC), uno de estos sobrevivientes fue jefe de las patrullas y entonces mató al otro sobreviviente.

Yo, al entrar allí, sentí temor y respeto profundo. Todos entramos en silencio. Vimos, observamos, sentimos y percibimos. Había flores y restos de velas para los difuntos. Había una entrada y una salida. En esta salida el párroco nos contó la historia. En esta salida habían sido degollados uno por uno.

Y recordé entonces, que como esta catacumba, hubo muchas en el departamento del Quiché. Estas catacumbas salvaron la vida de familias y de comunidades. Incluso, los perros entraban junto con los dueños en ellas, como más de un caso en Chiché.

Esta ha sido una última experiencia fuerte. Desde la fe, lo leo como el cierre de un ciclo, de una generación, de un trabajo de 20 años (*Un Katún*) que expresa cambios y un ciclo nuevo, nuevos comienzos. Una generación ha pasado después de todo aquello que vivimos. Queda el testimonio de la muerte pero no como última palabra, sino es la vida la que tiene la última palabra en Jesús muerto y resucitado, junto con estos que dieron su vida. Y su sangre ha sido semilla para nuestro compromiso y opción por este pueblo resucitado y transformado en Jesucristo, el Amado.

1.7 El proceso sistemático de la traducción

El trabajo ha pasado por varias etapas rigurosas de sistematización. El primer paso, la traducción realizada por el biblista francés el P. Bernardo Gosse, del Griego y Hebreo el Nuevo Testamento, y del Arameo el Antiguo Testamento.

El segundo momento ha sido la revisión de dicha traducción. Siendo yo maya hablante k'iche' y el padre Bernardo, biblista y de cultura francesa, encontré mi idioma sin sentido y sin expresar nada. Era k'ich'e pero no expresaba una idea. Me resultaba tediosa y cansada dicha revisión. Me pregunté siempre si no hubiese sido mejor, que primero se hubiera hecho la traducción por un maya hablante k'iche' y luego la revisará el padre Bernardo desde las traducciones originales. Creo que esto plantea una cuestión metodológica.

¿Qué hubiera pasado si esto hubiera sido así?. Digo esto porque el idioma tiene todo el código mental de la cultura. Se necesita pensar como k'iche' —en este caso— para una traducción. Y con esto me vi en la necesidad de fluctuar entre el código cultural de la cultura judía y la cultura k'iche'. Me di cuenta que hay códigos culturales análogos y otros totalmente diferentes.

¿Cómo solucioné el problema? La clave me lo dio monseñor Julio: tomar las palabras k'ich'es claves en la traducción y encontrar el sentido y comprensión a través de la Biblia de Jerusalén, que es la que más se acerca a las traducciones originales. Esto facilitó y viabilizó mucho el trabajo.

Trabajando el padre en Francia y yo en Guatemala hubo otro momento necesario en la revisión. Lo incomprensible, sin sentido, lo no parecido ni en la de Jerusalén y ni en la Biblia Latinoamericana, quedaba para consulta y revisión hasta que el padre viniera a Guatemala. Lo mismo con lo que quedaba dudoso o versos u oraciones que había que corroborar. Incluso traducciones directas que había que hacer juntos. Además, había versos incomprensibles hasta para el padre Bernardo desde las traducciones originales. Y yo siendo muy exigente, más de alguna vez él me dijo: “¡Isabel, no todo queda claro en la Biblia!”.

Otro paso, ha sido la segunda revisión de la traducción ya en K'iche' juntamente con el P. Bernardo. Leyendo desde el francés y traduciendo al castellano por parte del padre y yo leyendo en k'iche', para confirmar si esa era la idea plasmada en la traducción.

Teniendo ya esto se pasó al otro paso: la validación de la traducción con los catequistas k'iche's de diferentes parroquias de tres diócesis, retirada anteriormente. Dicha validación se realizó en la Diócesis del Quiché (Centro Marista y Centro de Promoción de la Mujer), en Zacualpa y en la Arquidiócesis de Quetzaltenango (Casa de Cursos de Cristiandad, Instituto Católico de Capacitación). Recuerdo que en las primeras validaciones el Evangelio de Lucas requirió mucho trabajo para ponernos de acuerdo y aceptar que no hay k'ich'e local mejor que otros o un k'iche' absoluto. Otra situación fue que para algunas regiones k'iche's, existe el trato formal e informal y para otras sólo el trato informal. Y para la cultura judía hay un solo trato, que es de confianza y cercanía, incluso hasta con Dios. Se acordó utilizar el trato de confianza y cercanía en toda la traducción.

Otra forma de validación, fue la impresión y publicación de los textos que iban saliendo. Primero los evangelios, luego todo el Nuevo Testamento en k'iche' y en castellano. En esta validación, el problema fue que la mayoría de la población maya k'iche', incluidos los profesionales y los sacerdotes, son analfabetos en su propio idioma. De manera que hubo dos reacciones: una, creer que la traducción no se entendía, y la otra, seguir traduciendo directamente del castellano al k'iche'. Y comentando esto con los catequistas que llegaban a la validación, llegaron a la conclusión que les pasó lo mismo a ellos. No entendían la traducción no porque no se entendiera, sino porque ellos cambian las palabras al no saber leer y escribir su idioma, y que por consiguiente cambiaban el sentido de la oración. Y entonces, no entendían lo que leían y tampoco lo entendían los fieles. Mientras que ahora, sabiendo leer fluidamente su idioma, han corroborado que la traducción es comprensible y entendible: *Ktatajik le kub'ij*.

El 24 de noviembre, en la celebración de la consagración de una compañera, se me pidió que llevara el Nuevo Testamen-

to en K'iche' porque el Evangelio se leería en K'iche'. Me alegré mucho. Pero, antes de empezar la misa, me fue devuelto el Nuevo Testamento con estas palabras: "Dice el padre (maya k'iche') que él no entiende lo que va leer porque no sabe leer y escribir el k'iche' y que va hacer la traducción directa del castellano al k'iche'". Con esto sólo confirmé lo ya descubierto por los catequistas. De manera que una tarea urgente de la Iglesia, para con los catequistas, los equipos litúrgicos de las parroquias, los profesionales y los sacerdotes k'iche's es aprender a leer y a escribir su idioma k'iche'. Para esto hay que reconocer que somos alfabetos en el idioma castellano, pero analfabetos en nuestro propio idioma. Este analfabetismo en el idioma materno es un problema que tiene que ver con las políticas de educación del Estado de Guatemala para con los maya hablantes.

Y por último, dentro del proceso sistemático es la revisión de cada versículo que realiza el P. Bernardo Gosse. Según mi experiencia, ha sido un trabajo de traducción católica, riguroso, profundo, serio y sistemático. Es una traducción para los maya hablantes k'iche' de hoy, utilizando también un k'iché de hoy. Asimismo, se ha tratado de universalizar el k'iché, esto quiere decir, utilizar un k'iche' que entiendan en su mayoría los habitantes de todas las regiones k'iche's. Hubo palabras que no se conocen en alguna región y se conocían en otras, se utilizaron para poder enriquecer el idioma local y universal.

Segunda Parte

2. ¿Qué significa la traducción de la sagrada escritura en nuestros tiempos?

2.1. La cultura tiene su sabiduría en el idioma

La experiencia de escuchar la celebración de la Eucaristía en idioma k'iche' en los 60s y 70s había sido en la parroquia de Zucualpa con el padre Fernando Carbonell, misionero español –creo que catalán – del Sagrado Corazón, quien se tomó el trabajo de aprender el K'iche'. De esta experiencia, recuerdo que mi madre, una persona monolingüe que hablaba el K'iche' como idioma materno, y no sabía leer, ni escribir el castellano cuando por primera vez escuchó la misa en su idioma dijo: "Ahora tenemos un padre

que habla y celebra en nuestro idioma, yo comprendo bien lo que dice"; y con más gusto fue a la misa. Y en los años 80s, supe por ella misma, que debido a que este sacerdote hablaba el k'iche' sintió confianza y le pudo decir todo lo que necesitaba decirle. Sintió una liberación interior. Y dio cambios profundos y determinantes en la vida familiar y por eso resultamos en Zacualpa. Esto nos revela, que la sabiduría del lenguaje está en el idioma de toda cultura.

2.2 Fortalecer el idioma es fortalecer la sabiduría y la identidad del Pueblo y de la Iglesia Local

Con lo anterior constatamos que el Evangelio penetra en el corazón de las personas por medio del idioma, ya que éste es la puerta por medio de la cual las culturas pueden conocerse mutuamente al realizar los procesos comunicativos y producir nueva información. La cultura, a través del idioma traduce el lenguaje externo al lenguaje interno de la cultura, como también los mensajes internos de ésta al lenguaje de los mensajes externos, obteniéndose nueva información y comunicación; es decir que se genera algo nuevo⁴. Y aquí está la esencia de la traducción de la Biblia. A través de la traducción, el pueblo maya (K'iche' en este caso) puede entrar al mundo cultural del pueblo de Jesús y viceversa, traduce los códigos externos de comunicación del Evangelio al interior de la propia cultura, y los códigos internos de la propia cultura al lenguaje del Evangelio. Al darse este proceso comunicativo se tiene como resultado el Evangelio con un rostro propio dentro de una cultura determinada y una Iglesia Autóctona particular⁵, es decir se logra una identidad propia como Iglesia Local. De ahí la necesidad sentida por monseñor Julio, que los mayas k'iche's – y todos los grupos lingüísticos del país – tengamos en nuestro idioma "lo que quisieron decir los que escribieron los evangelios y los diferentes libros de la Biblia"⁶.

⁴ Sucuquí Mejía, Isabel. El exilio nos marcó, pero nuestra vida floreció. *Espiritualidad Maya: Destrucción y construcción de nuestras raíces. Refugiados guatemaltecos diseminados en México*, Tesis Maestría de Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), México DF, 2004, p. 87.

⁵ Conferencia Episcopal de Guatemala. *500 Años Sembrando el Evangelio*; Guatemala: Publicaciones O.M. 1992, p. 55.

⁶ Entrevista con el padre Bernardo Gossen, Jalapa, septiembre 2005.

Si la respuesta al proceso de comunicación entre culturas genera algo nuevo, la traducción transforma, revitaliza y libera. Pero además, fortalece la sabiduría de la cultura, pues en el idioma está la sabiduría de los pueblos y *fortalecer la sabiduría es fortalecer tanto la identidad de un Pueblo como la identidad de la Iglesia Local.*

2.3 La Palabra bebida desde nuestros idiomas es el mejor tesoro y agradecimiento dado a la Iglesia de catacumbas y martirial

Durante las políticas de contrainsurgencia llevadas a cabo por el Estado de Guatemala, cuando en todo el país la situación de persecución a la Iglesia Católica era ya directa en el Quiché fue de control, amenaza, acusación de ser promotores de subversión, secuestro, desaparición, tortura y asesinato de campesinos, líderes comunitarios, catequistas, directivos, sacerdotes y religiosos⁷. Y los años que siguieron a 1980 – año en que monseñor Juan Gerardi, sacerdotes y religiosos, decidieron salir de la Diócesis por la misma persecución, recomendando antes a los catequistas en una asamblea, mantener firme la fe y viva la Iglesia⁸ – ante el temor de ser descubiertos con una Biblia, una imagen de algún santo y algún libro de promoción humana durante los cateos que el ejército realizaba en las casas, los registros en los caminos, obligaron a los catequistas, a miembros de las comunidades y a las parroquias *a enterrar todos estos materiales*. En algunos casos, antes de enterrar la Biblia se escribieron “en finísimas tiras de papel y con letra muy pequeña, papelitos fáciles de disimular entre la ropa o en la faja con el fin de recordar los textos escritos durante las celebraciones o en momentos de oración a la luz de la Palabra de Dios”⁹. Son los años en que se pasa a una Iglesia de Catacumbas y a una Iglesia Popular¹⁰ llegando al martirio una multitud de catequistas¹¹.

⁷ Diócesis del Quiché. Consuela a mi pueblo II, Guatemala: Ediciones San Pablo, 2002, p. XVII.

⁸ Recopilado del testimonio de Sebastián Sucuquí, catequista y presidente de la Acción Católica en la Parroquia de Zacualpa en aquellos años. Estuvo presente en dicha Asamblea.

⁹ Diócesis del Quiché; Ibid, p. XXII.

¹⁰ Aquí el término es entendido como una Iglesia que caminó, que militó con fe y fuerza cristiana sin presencia oficial de la Iglesia Institución y la jerarquía, sino constituida únicamente por comunidades cristinas (Año 1980 y ss).

En este contexto es que la traducción de la Biblia tiene un significado relevante y particular en nuestros tiempos y sobre todo en el Quiché, cuya Iglesia, durante los años en que quedamos solos, los catequistas —mi papá uno de ellos— es decir los laicos, mantuvimos viva a tiempo que afirmamos la fe de las comunidades cristianas. Y monseñor Julio, conociendo profundamente lo que esto implicó, tuvo siempre en su corazón el deseo de entregar a cada catequista de la Diócesis del Quiché no solo la Biblia, *sino la Biblia traducida en su propio idioma como el mejor tesoro y agradecimiento a la inmolación de la sangre de nuestros mártires.*

2.4 Como Iglesia pedimos perdón y queremos reparar una injusticia histórica con los pueblos indígenas: opciones y compromisos

En 1992 en la Carta Pastoral Colectiva de la Conferencia Episcopal: *500 Años Sembrando el Evangelio*, la Iglesia de Guatemala asume la nueva evangelización, y humildemente pide perdón por los límites y sombras, errores y responsabilidades de pecado que se dieron contra los pueblos milenarios a la llegada de la cruz junto con la espada en 1492. Esto le hace sentirse llamada a reparar una injusticia histórica y ahondar en la evangelización con el Pueblo Maya, motivo por el cual se hace énfasis en la opción por una Pastoral Indígena; y dentro de esta pastoral, entre los compromisos que se asume, está el ofrecer todo el apoyo y colaboración a quienes realizan traducciones genuinas de la Sagrada Escritura a los idiomas indígenas, con el fin de que todos los grupos lingüísticos del país podamos escuchar la Palabra de Dios en nuestro propio idioma¹². Y en la V Conferencia Episcopal Latinoamericana en Aparecida, se asume la prioridad de hacer traducciones católicas de la Biblia y de los textos litúrgicos a los idiomas indígenas¹³. Y este compromiso que hemos asumido como Iglesia es lo que ha realizado incansablemente monseñor Julio de modo orgánico y en conjunto desde la Pastoral Diocesana: Apoyar las traducciones del Nuevo Testamento en idioma Ixil y la Biblia el

¹¹ Diócesis del Quiché; *Ibid*, p. XVII-XVIII.

¹² Conferencia Episcopal de Guatemala, *Ibid*; p 58

¹³ Conferencia Episcopal de Guatemala, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Impresión La Copia Fiel, Antigua Guatemala, 2007, p 35

leccionario, la misa, la Biblia del niño en idioma k'iche', cuando era obispo del K'iche' y luego siendo obispo de Jalapa desde el 2002.

2.5 Las traducciones contribuyen al reconocimiento, a la defensa y promoción de los derechos colectivos del Pueblo Maya

Al llegar monseñor Julio Cabrera al Quiché urgía además de consolar al pueblo, promover la paz, la defensa y promoción de los derechos humanos, tanto individuales como colectivos. Esto le llevó a compromisos muy concretos, entre los cuales tenemos: la solución de los conflictos de tierra por el conflicto armado interno, la reconciliación, el perdón, entre algunos y, el *respeto a la cultura de nuestros Pueblos*.

En cuanto a la defensa, el respeto y la promoción de los derechos colectivos, monseñor ha optado por la dignificación y reconocimiento de las culturas excluidas, discriminadas e invisibilizadas políticamente en todos los ámbitos de la vida del Estado Guatemalteco, que exigen el reconocimiento pleno de sus derechos individuales y colectivos, "ser tomados en cuenta en la catolicidad con su cosmovisión, valores e identidad y para vivir un nuevo Pentecostés eclesial"¹⁴. De aquí el convencimiento, que el idioma como derecho colectivo, no basta con hablarlo sino también es necesario que esté escrito, porque un idioma escrito es un idioma vivo. Y las traducciones hacen no jugar el juego de la eliminación de la sabiduría y de la identidad del Pueblo Maya con las políticas de muerte que los Estados Nacionales implantaron con el indigenismo a partir de 1940 en toda América Latina. Monseñor Julio, no ha entrado en este juego, y está convencido de que las traducciones entre otros, son un signo y semilla de vida, de esperanza y de alegría para el Quiché¹⁵ como departamento y para todos los k'iche' de otras Diócesis y departamentos, incluso y además, para hermanos k'iche's emigrantes en los Estados Unidos. Esto nos demuestra que un idioma escrito no sólo se mantiene vivo sino que además rompe y traspasa fronteras políticas y puede consolidar o reconfigurar la identidad de los pueblos estando fuera de su tierra.

¹⁴ Ibid; p. 34.

¹⁵ Diócesis del Quiché; Ibid, p. 13.

Limitar el idioma de las culturas es matar su sabiduría y su identidad. Y monseñor Julio no está en esa tónica, sino que él está por la vida de los pueblos indígenas, incluso con el riesgo de su propia vida como lo expresara en las CPR en 1990: “con el riesgo de la vida estamos con el indígena”¹⁶. Y siendo el idioma una de las fuentes de vida para la cultura, él recomienda a las comunidades cristianas aprenderlo, leerlo y escribirlo, pues un alto porcentaje de la población maya es analfabeta, no sólo en el castellano sino también en su propio idioma, pues lo hablamos, pero no lo leemos ni escribimos. Y para los agentes de pastoral como para el mismo obispo, ha sido urgente conocer y estudiar el idioma. Y así el mismo obispo intentó aprender el K’iche’, como también algunos de los agentes de pastoral; entre ellos está el padre Rosolino Bianchetti quien ha aprendido el Q’qchi’ y el Ixil y actualmente estudia el K’iche’.

Las traducciones pues, contribuyen a la revitalización, al fortalecimiento, al reconocimiento, a la defensa y promoción de uno de los derechos colectivos que es el idioma. Siembran semillas de vida, signos de mayor respeto, aprecio y amor al Pueblo Maya.

2.6 Toda cultura tiene el derecho de escuchar en su idioma la Sagrada Escritura

En estos tiempos modernos, pareciera que todos sabemos el castellano y por consiguiente no son necesarias las traducciones. Sin embargo no es así. Y no es sólo porque la gente no sepa el castellano que se hacen las traducciones, *sino que además de ser el idioma un derecho colectivo, es una de las deudas que tenemos como Iglesia con los distintos grupos lingüísticos del Pueblo Maya en Guatemala, ya que no ha habido una traducción como tal que como Iglesia Católica hayamos realizado durante estos 515 años. De manera que en hora buena el trabajo de monseñor Julio junto con sus agentes de pastoral que colaboramos con él en este trabajo: El P. Bernardo Gosse, el P. Rosolino Bianchetti, el P. Victoriano Castillo y los catequistas de varias parroquias tanto de la Diócesis del Quiché como de la Arquidiócesis de Quetzaltenango, que han*

¹⁶ Palabras de monseñor Julio Cabrera en Memorias del Viento, Audiovisual, 1990.

sido el otro eje fundamental en este trabajo. Gracias a Arnulfo (de Zacualpa), a Miguel Ventura, a Francisco Castro Osorio y colaboradores, a Antonio Sac, a Agustín Pú Tuluxán y a Eduardo León Chic, a Ana Sucuquí, a José Cho, a Francisco Sion, a Estela de Chichicastenango, a María Alwa, a Catarina Ixcoteyac, a Joel Us, y a las hermanas de María Inmaculada en Jalapa que han acogido al P. Bernardo en su casa para la realización de este trabajo. Con la traducción de la Sagrada Escritura, como monseñor expresa, los grupos lingüísticos tenemos el derecho y la “oportunidad de leer, estudiar, meditar y orar en este texto, y para cuando estemos sedientos, bebamos en este río de agua limpia”¹⁷.

Monseñor Julio, y P. Bernardo, quiero decirles que reciban mi “reconocimiento y agradecimiento” por este trabajo de traducción. Gracias monseñor Julio, por haberlo conocido, por habernos consolado, por habernos dado vida en medio de los huesos secos de la muerte en aquellos años difíciles. Por su actitud profética, hemos revivido, nos hemos incorporado sobre nuestros pies¹⁸. Hoy nos sentimos vivos, tenemos vida. Y con esa vida y con estas traducciones, podemos vislumbrar un futuro mejor para el fortalecimiento de nuestra sabiduría y de nuestra identidad dentro de la Iglesia. Por su trabajo, compromiso y opción con los empobrecidos, los excluidos y los empequeñecidos, seguimos creyendo en la utopía del cielo nuevo y la tierra nueva realizado ya en Jesús Resucitado.

Gracias por acogernos en su casa en el Quiché y en Jalapa, para realizar juntos con el P. Bernardo este trabajo, gracias a las hermanas María Inmaculada por acoger al padre Bernardo en su casa en Jalapa. Gracias a Nacha y a María por hacerme sentir bien en casa, gracias a Sheny y a Norma por su disponibilidad a lo que requería esta traducción. *Sib'alaj malyox*. Nuestra alegría es común, porque unid@s hemos llegado al final de este trabajo.

¹⁷ Diócesis del Quiché. Nuevo Testamento en idioma Ixil, Guatemala: Editorial Cholsamaj, 2002, p. 4-5.

¹⁸ Biblia de Jerusalén, el libro de Ezequiel, 37, 1-10